

La generación que combatió en Malvinas, 30 años después

Nací en el '62

Hice el servicio militar en el año 1981; mi madre había muerto hacía apenas un poco más de un año. El recuerdo que tengo de aquella barbarie, la de mi vida en los cuarteles, es borroso y bastante impreciso. No tengo anécdotas, apenas algunas escenas: el *ruso* Cohen, soldado como yo, parado delante de un árbol, obligado a hacer la venia y a repetir sin cesar «soy un judío de mierda». Otro, Alasraqui, un testigo de Jehová que se negaba a usar armas, era obligado a levantar sus brazos y a abrir y cerrar sus puños hacia el cielo mientras decía una y otra vez «soy el testículo de Jehová». Un sargento de apellido Gutiérrez nos llevaba a una zona del regimiento ubicada frente a un albergue transitorio y cada vez que ingresaba un auto él decía con voz susurrante «quiero concha» y todos nosotros debíamos repetirlo como un mantra. No fumé marihuana a pesar de que mi compañero de

carpa sí lo hacía; solo una noche bebí más de la mitad de un frasco de jarabe para la tos que él tenía y al día siguiente me llevaron a ver a un enfermero. Meses después, en el edificio de la calle Paseo Colón, un suboficial de unos cincuenta y pico de años se acercó a cada uno de los que estábamos allí (soldados, oficiales, suboficiales, cocineros, etc.), nos estrechó la mano lentamente, se encerró en la biblioteca y se arrojó por la ventana. Estábamos en el piso 13. Algunos dijeron que murió en el aire de un paro cardíaco; otros que llegó vivo y murió en el asfalto. Nunca supe por qué se tiró. Tampoco me importó demasiado en ese momento.

Gané un sorteo entre distintos soldados y me dieron la baja. Era diciembre.

En abril comenzó la guerra. La televisión decía que toda la clase '62 estaba afectado a ella. El suegro de mi hermano quiso donar su auto, un Fiat 600;

POR GUSTAVO VARELA

FOTOS: SUB-COOPERATIVA DE FOTÓGRAFOS

no se lo aceptaron porque tenía poco valor. Igual fue uno de los que hizo la cola con la intención de irse a vivir a Malvinas. Para él, como para mí, las islas eran dos hojas del libro de geografía argentina, nada más. Evidentemente la epidemia patrioter de aquellos días a él lo afectó mucho más que a mí. Porque pensé en irme a Carmelo en la Cacciola –una lancha a la que imaginaba como un Fiat 600– y desde allí a España. Supe que mi telegrama de reincorporación estaba preparado y que aún no lo enviaban. Eso me lo dijo otro soldado que todavía estaba adentro y prometió avisarme en caso que decidieran mandarlo.

En mi casa escuchábamos la BBC de Londres en la radio Sietemares. Sabíamos que la guerra se perdía, por lo que decía la radio y porque mi padre insistía con que los ingleses eran guerreros y Galtieri un borracho. Que a mí me pudieran citar no era grave –al



LA PESADILLA FUE UNA SOLA:
NO ES MÁS LIMPIA LA GUERRA DE
MALVINAS QUE LA DESAPARICIÓN
DE TREINTA MIL. ES LO MISMO,
A PESAR DE LOS RELATOS
ESCOLARES. LOS GURKAS QUE
COMÍAN GENTE YA ESTABAN
ADENTRO DESDE ANTES. A LOS DE
MI GENERACIÓN NOS TOCÓ SER
LOS ÚLTIMOS DE UNA FILA QUE
COMENZÓ EN 1976.

fin iba a ser un desertor–; lo grave en esos días era que había muerto mi madre.

San Lorenzo jugó ese 1982 en la primera B y en la tribuna cantábamos: «Le vamos a quemar, le vamos a quemar, le vamos a quemar toda la flota y se van a volver a Inglaterra en pelotas». Se hablaba del principito, de los Gurkas que comían gente, del heroísmo de los pilotos argentinos y del frío y el hambre y las joyas y Pinky y la gente y la puta que los parió a esos milicos de mierda y a esa gente.

Era eso: la gente en la plaza, la gente que se ponía la escarapela, que vitoreaba a Galtieri o a cualquiera; la gente que hablaba, que primero aclamaba cuando hablaban de triunfo y después insultaba porque la guerra se perdía. Como en un partido de fútbol. Salvo por los muertos, los amputados, los locos de la guerra; por los que quedaron tartamudos, por las madres de los soldados muertos o amputados o locos. Por los suicidados. Pero ellos llegaron después –en una mesa de saldos abierta en la democracia–. Las secuelas de la guerra casi no le importaba a nadie. La voluntad de Malvinas quedó solo para los nacionalistas y algunos rezagados. Para los demás se convirtió en discurso correcto. Lo de siempre.

La serie fue la misma: tortura y desaparición; pie de trinchera, por la picana o por el frío. Modulaciones fúnebres del salvajismo dictatorial. A nosotros, los que nacimos en el '62, nos sirvieron crudos en la mesa de la OTAN para salvar el pescuezo político de bestias de uniforme. Bajo el nombre de la patria, de la «hermanita perdida» que cantaban por la radio, de una memoria histórica reinventada para la ocasión. La dictadura, que había comenzado con la muerte, se retiraba arriba de muchos de nosotros del mismo modo, ahora al compás de los versos de Atahualpa Yupanqui.

La pesadilla fue una sola: no es más limpia la guerra de Malvinas que la desaparición de treinta mil. Es lo mismo, a pesar de los relatos escolares. Los Gurkas que comían gente ya estaban adentro desde antes. A los de mi generación nos tocó ser los últimos de una fila que comenzó en 1976.

Supe después que uno de aquellos soldados que repetía con nosotros «quiero concha» estuvo en la guerra y unos años más tarde se suicidó. No recuerdo su religión.

Del sargento que nos obligaba a repetir aquel mantra en el regimiento no supe nada más. Busqué su apellido en la lista de víctimas y no estaba. ■





→ Javier Volà.
Nació el 4 de noviembre de 1962.
Empleado municipal y técnico electromecánico. Sacó el 113 en el sorteo del Servicio Militar Obligatorio, un número «bajo» que le evitó ir a pelear a la Guerra de Malvinas. Uno de sus mejores amigos era paracaidista. Fue uno de los primeros en morir en combate. «Fue un duro golpe», dice.



→ Rodolfo Negrete. Nació el 20 de septiembre de 1962. Ex combatiente de Malvinas. Acampa en Plaza de Mayo en busca de que el gobierno lo reconozca como veterano de guerra. Hasta ahora las leyes solo reconocen a los que viajaron a las islas o pelearon desde el mar. Rodolfo realizó apoyo logístico desde el territorio patagónico.



→ Mónica Lavanda.
Nació el 11 de septiembre de 1962.
Vicedirectora y profesora de Biología del Colegio San Patricio de la Ciudad de Mercedes. En 1982 comenzaba a estudiar en el profesorado para ser docente. «Una época muy fuerte que nos marcó a todos los argentinos», subraya.



→ Néstor Martínez.
Nació el 25 de junio de 1962.
Comerciante. Su falta de
visión en un ojo hizo que lo
eximieran de participar en
el sorteo para del Servicio
Militar Obligatorio y, por
ende, de la Guerra de
Malvinas. Tiene muchos
amigos y conocidos que
atravesaron la experiencia
bélica. «Muchas familias
quedaron quebradas»,
agrega.



→ Toshio Yamaushi.
Nació el 27 de octubre de 1962.
Fue combatiente de la Guerra y de Malvinas y músico, formó parte del grupo Luis XVI. Ahora es maestro Zen y preside la Asociación latinoamericana de esa disciplina.